

supera con mucho al concepto previo; verdad auténtica y pequeña; caso notorio de contraste entre la imagen detenida (tarjeta postal) y la imagen viva (realidad) Eso que sólo tienen las grandes obras, y que se experimenta al conocer un gran museo, una pintura histórica o una singular sinfonía.

A lo largo de mi vida en el Corral he visto repetirse la hipnotizada mirada de mis compañeros; probablemente la mía, aquella que no me ví. Como ritual parateatral se copian, paso a paso, los gestos y ademanes. Por más recientes, una serie de miradas me han vuelto a confesar el poder de sugestión del viejo teatro. Y por cercanas, se pueden rememorar mejor.

Mauricio Scaparro, director del Teatro di Roma, que en el 83 puso en escena del Corral su *Don Quichotte*, cruzó con rapidez la no menos espectacular Plaza Mayor, la Plaza, que ya supone un primer golpe al visitante incapaz de medir la sugestividad de sus soportales, de sus múltiples espejos, de sus dimensiones perfectas. La Plaza fue devorada por Scaparro, que quería chocar pronto con el lugar donde iba a representar; algo muy lógico en este mundo. Un par de elogios de italiano a quien ninguna arquitectura sorprende, y entrada al zaguán del teatro. En ese momento, todo cambia, «el tiempo parece haber prolongado todas las acciones, suspensas absurdamente en el ápice de un instante, estupefactas, cristalizadas, nítidas», y perdóneseme este oportuno párrafo robado a don Ramón María; él lo sabrá comprender. Scaparro toma una anea y se sienta. Mide mentalmente. Nada de su tramoya cabe. Pero no importa. Lo meterá como pueda. Tirará celosías y hará crecer el escenario. Abrirá las puertas del foro para dejar ver las tripas del teatro. Pero encarjará a sus personajes allí. Su mirada nos lo confiesa.

